JUAN COBOS,
UNA PRODIGIOSA MEMORIA DEL CINE

Imagen de cubierta, fotograma de la película *El ferroviario*, de Pietro Germi, 1957
© Juan Cobos, 2024
© De la edición, David Cobos
© De los textos, sus respectivos autores

© Confluencias, 2024
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-129263-0-9
Depósito legal: AL 3500-2024

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

DAVID COBOS

JUAN COBOS
Una prodigiosa memoria del cine

Prólogo de Miguel Marías

CONFLUENCIAS
EDITORIAL

A Keith Baxter (1933-2023)

y Juan Cobos

ÍNDICE

Prólogo,
por Miguel Marías 11

Vida breve de Juan Cobos,
por David Cobos 17

ENTREVISTAS

Luis García Berlanga 87
Carlos Blanco 99
Delmer Daves 111
Jaques Demy 127
Gabriel Figueroa 151
Jean-Luc Godard 171
Alec Guinness 187
Francisco Rabal 193
Nicholas Ray 201

Karel Reisz 225
Giuseppe Rotunno 241
James Stewart 267
Leopoldo Torre Nilsson 275
Ladislao Vajda 289
Orson Welles 297

CUATRO TEXTOS DE JUAN COBOS

El abuelo y el romántico Mr. Griffith 371
El abuelo retorna a América 375
La calle era mía 383
El cine cuenta su siglo 389

DOS ORIGINALES INÉDITOS

Escritos por Pier Paolo Pasolini en 1966 395

SIETE CRÍTICAS ESCOGIDAS DE PELÍCULAS

Luz que agoniza 403
La noche del cazador 409
El quinteto de la muerte 413
El sirviente 415
El sureño 419
Un condenado a muerte se ha escapado 423
Un tranvía llamado deseo 425

GUION DEL *SKETCH Los encuentros* 427

«MÓNICA» (Original de Juan Cobos) 431

LAS 25 PELÍCULAS DE MI VIDA

Listado de Juan Cobos 447

HOMENAJES

Juan Cobos, providencial,
por Ignacio Armada 451

Juan Cobos, mi tío abuelo,
por Mónica Carrascal 457

Carta de agradecimiento,
por Fernando Fernán Gómez 459

Juan Cobos, la pasión por el cine,
por Alfonso Guerra 461

Juan Cobos, la obsesión por el cine,
por Julio Llamazares 463

Sobre Juan Cobos,
por José Antonio Pruneda 467

Maestro Juan Cobos,
por Miguel Rubio 471

Palabras para Juan Cobos,
por José Antonio Sainz de Vicuña 485

Un recuerdo de Juan Cobos,
por Gonzalo Suárez 487

Las vidas de Juan Cobos,
por Tote Trenas 489

Antigua y entrañable amistad,
por Beatrice Welles 491

AGRADECIMIENTOS 495

PRÓLOGO

EL EJEMPLO DE JUAN COBOS: SENSATEZ Y MODESTIA

Al día siguiente de ver por primera vez *Vértigo* y *Con la muerte en los talones*, y repetir la primera de esas dos obras maestras, para mí las máximas de Alfred Hitchcock, sin darme cuenta, me convertí en un cinéfilo: compré las dos revistas de cine de aire un poco serio (que hablaban de John Ford y Antonioni, no de Gina Lollobrigida) que encontré en los kioskos de prensa más cercanos. Confieso que su atenta lectura, de cabo a rabo, me dejó más bien perplejo, y que muchas cosas de ambas me hicieran dudar de la conveniencia de leer ambas publicaciones. Me encontré elogios ditirámbicos sobre cosas que no me habían gustado nada o había encontrado insignificantes, o que ni siquiera se me había ocurrido ver, o ataques muy poco fundamentados y con aire de ser meramente partidistas a películas admirables. Dando por buenas las recomendaciones, más bien divergentes, de unos y otros, me dediqué a ver de quiénes, si de algunos, me podría considerar más afín, o a descubrir de cuáles encontraba más fiables, aparte de que escribieran más o menos correcta o hasta brillantemente.

Pronto deduje que, aunque menos lucido que, por ejemplo, Miguel Rubio o Ramón Gómez Redondo, de cuantos escribían regularmente

por entonces en lo sucesivo en *Film Ideal* (un nombre de revista que no me gustó nunca nada), el que más confianza me inspiraba en sus juicios, y el que encontraba menos exagerado y más comprensible en sus textos, largos o breves, y por fortuna libres tanto de pedantería y sofismo como de pretenciosidad literaria, así como en sus calificaciones numéricas, era, lo habrán adivinado y no creo que a casi nadie que leyera revistas de cine le extrañara entonces, Juan Cobos, a quien no conocía de nada, y al que vi por primera vez, como un año o dos más tarde (1963 o 1964), un día que fui a ver a mi tío Jesús (Franco, alias Jess Frank) en un apartamento del paseo de la Castellana, y allí estaba el ya entonces, para mí, famoso Juan Cobos, que discutía con Jesús sobre un guión.

Nunca traté asiduamente a Juan Cobos, ni puedo presumir de haber sido muy amigo suyo. Seguí leyendo a Juan Cobos, muy pronto en la efímera y esa sí bien llamada *Griffith*, luego más esporádicamente –cuando veía un texto suyo, siempre con interés. Sólo muchos años después, –unos treinta, si no calculo mal–, conocí personalmente un poco más a Juan, que era el jefe (the Boss) en la revista «Nickel Odeón» que editaba José Luis Garci, y con el que tuve algunas pacíficas y civilizadas discusiones epistolares, acerca de los números que íbamos preparando y confeccionando, como las que solíamos tener cuando de vez en cuando discrepábamos en algún punto en el programa televisivo de Garci *Qué grande es el cine*, ya en los años 90 del siglo XX o en los primeros del actual.

Había aún entonces –en un amplio, pero ya lejano «entonces»– una especie de infranqueable distancia –creada por el respeto, hasta en el desacuerdo– por parte de los discípulos y aprendices respecto de los maestros, profesores y veteranos, que luego no sé si se ha proscrito, perdido o abortado. Eso hace que, en mi caso, no sé si también en el de otros algo más jóvenes –tampoco mucho–, no pueda hablarse de «amistad» propiamente dicha –como puedo haberla tenido con

Manolo Marinero, José María Carreño o Antonio Drove–, sino más bien de «consideración amistosa» hacia los maestros críticos, como yo la he tenido –a mayor distancia– con Jean Douchet y con Victor Perkins (sólo por correo electrónico) o Robin Wood y Serge Daney (meramente de leídas). De los modelos españoles, como todos los que en una época u otra, han actuado como «transmisores» de algunas ideas fundamentales sobre el cine y sobre ciertos principios sobre el ejercicio de la crítica, y por tanto de una cierta ética, lo sepan ellos o no, algunos quedamos siempre en deuda, y por tanto agradecidos por lo que nos enseñaron o nos hicieron reflexionar. Ellos fueron para nosotros, en tiempo de penuria, mensajeros quincenales (¡ eso era una revista viva!) de las ideas válidas o al menos estimulantes que procedían de André Bazin, Henri Langlois, Jacques Rivette, Jean-Luc Godard y François Truffaut, entre otros. Es, me temo, una tradición hoy olvidada o ignorada... hasta por los que le deben en parte ser lo que son. Hoy parece que las virtudes que podría encarnar Juan Cobos no están precisamente de moda, y que se aprecia, en cambio, justamente lo contrario. Yo creo que más vale que recordemos lo que en los años sesenta escribían José Luis Guarner, Pedro Gimferrer (más tarde Pere), Ramón Moix (más conocido como Terenci), Javier Sagastizábal, Juan José Oliver (o simpolemente Jos), Ramón Font, Segismundo Molist, Miguel Sáenz, José María Palá, Marcelino Villegas, José Antonio Pruneda, Jesús Martínez León, Javier León y unos cuantos más, muy variados, muy diferentes. Y a los que ni los conocieron ni se les ha ocurrido buscarlos y sorprenderse tal vez les conviniera ponerse al día, ya que hoy se ha olvidado casi todo lo que por entonces –por fin– íbamos aprendiendo.

Miguel Marías

VIDA BREVE DE JUAN COBOS

Juan Cobos nació en Madrid en 1933. Hijo de madre soltera, en una familia de escasos recursos económicos, tuvo una niñez muy dura y se vio obligado a trabajar desde muy temprana edad. Solía decir que había crecido en el madrileño barrio de Chamberí, a escasos metros de Fernando Fernán Gómez, aunque no se conocerían hasta muchos años después.

DÉCADAS DE 1940 Y 1950

Mi padre me contó que su primer trabajo fue a los 8 años en la Gran Vía, sirviendo chatos de vino, y que dada la situación económica familiar tardó mucho tiempo en poder reunir el dinero para comprar su primera entrada para el cine. Creía recordar que la primera película que había visto en un cine fue *Cleopatra*, de Cecil B. DeMille, en 1942 o 1943. Tenía unos 10 años. Con anterioridad, como no tenía dinero para ir al cine, los chicos del barrio que sí lo tenían y podían ir, le contaban las películas.

«Todas mis inquietudes desde la adolescencia se las debo al cine. Leí *Cumbres borrascosas* y *Jane Eyre* porque había visto las películas. Incluso

El filo de la navaja y *Lo que el viento se llevó* por los mismos motivos. Como tipo más bien solitario y en deplorable situación económica porque mi familia vivía bajo mínimos, las novelas, incluso las más infames, eran un escape en esa España de tonos grises, de calles heladas, de infinita tristeza que, en el medio en que yo vivía, llegaba hasta el horizonte. Vivíamos en una casa inhóspita donde las haya, con el agua corriente y el retrete en un patio donde jamás daba el sol y donde mi madre, en los largos inviernos, tenía que hacer la colada ayudándose de una olla de agua que calentaba en una cocina de carbón. La calle, lugares como el viaducto, Redondilla, Plaza de la Paja, Alamillo, era donde más feliz me sentía. Recuerdo el rodaje de *La torre de los siete jorobados*, al que asistí como muchos chicos del barrio, temerosos siempre de los guardias que nos soltaban una bofetada si no nos manteníamos alejados. Siendo los bajos del viaducto uno de nuestros lugares de diabluras –en esa zona no lejana a la Casa de Campo había solares y casas alcanzadas por los obuses, en donde nos refugiábamos las tardes de frío–; sin embargo, no vi a Mur Oti rodar *Cielo negro*.»

Aprendió inglés –que le sería de gran ayuda– gracias a una tía suya protestante que le daba clases.

«Lo de los idiomas, que ha sido una constante en mí, vino propiciado por el cine, por las revistas. La colaboración en un semanario como *Signo* me puso en contacto con José María Pérez Lozano. Allí empecé a dar pequeños pasos en el periodismo porque me encargaron ya alguna pequeña cosa, además de unas críticas que me aceptaban, pero que yo sabía que eran muy poca cosa. En esa época ya trabajaba en una compañía francesa de seguros.»

Con sus escritos se fue metiendo en el cine y, aunque no ganaba apenas dinero en las revistas y hacía gratis lo de los cineclubs (al principio solo organizaba la programación y presentaba las películas, y un tiempo después dirigía los coloquios de los domingos), así llegó a redactor fijo de *Vida Nueva*, en donde ganaba 750 pesetas al mes.

> «Asistía cada lunes a los consejos de redacción en los que estaban María Luisa Luca de Tena, Antonio Herrero Losada –que me quiso llevar a la Agencia EFE en la calle Ayala–, Antonio Montero, que fue obispo de Badajoz, Paco Izquierdo, con quien yo pasaba domingos enteros viéndole pintar... ahí se incorpora un teniente joven que había estudiado letras y periodismo, Félix Martialay. Pasábamos mucho tiempo juntos y se decidió intentar la aventura de una revista de cine. En *Vida Nueva* se formó, sin dinero, *Film Ideal*, gracias a que los laboratorios *Alter* dieron 30 000 pesetas a los dos jesuitas del equipo en el que eramos cuatro seglares más.»

Con 22 años participó en las Conversaciones de Cine de Salamanca, en mayo de 1955. Se le puede ver en la célebre foto de la escalinata que fue tomada por Carlos Saura.

FILM IDEAL

En 1956 salió el primer número de la mítica revista *Film Ideal*. El nombre provenía de un texto de Pío XII. Era una revista católica. En *Film Ideal* Cobos se ocupó de entrevistar sobre todo a directores y Martialay, a actores y actrices. En aquella revista escribieron también Miguel Rubio, Gonzalo Sebastián de Erice, Waldo Leiros, José Antonio Pruneda, Juan Miguel Lamet, José Luis Guarner, Alfonso Flaquer, Javier Aguirre, Pascual Cervera, José María Pala...